

FEDERICO GUZMÁN RUBIO
EL PROFETA DE LA BASURA BLANCA

CARLOS VELÁZQUEZ
PLANETA BRAUTIGAN

ESGRIMA
JOSÉ ÁLVAREZ

NÚM. 143 SÁBADO 07.04.18

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]



LAICISMO Y DEMOCRACIA
RAÚL TREJO DELARBRE

EL SUTIL ENCANTO DE LA BURGUESÍA
HUMBERTO BEZARES ARANGO

Tanto en el plano nacional como internacional, es notorio un ascenso de la intolerancia que responde con la condena o la descalificación de quienes no se ajustan a sus convicciones o dictados. Las diferencias de género, raza, nacionalidad, pensamiento, cultura, origen y status social, inflaman las banderas de esa tendencia excluyente y cada vez más acentuada. A esto se agrega, en el caso de México, un sector que favorece el regreso de principios o modelos religiosos en nuestra vida pública y compromete así la condición irrenunciable del laicismo. Ese punto crucial es el tema de estas páginas.



LAICISMO Y DEMOCRACIA

Discurso público, academia, medios, tolerancia

RAÚL TREJO DELARBRE

1. TRADICIÓN LAICA de las ciencias sociales. Las ciencias sociales han estudiado, clasificado y también han discutido a la religión, con enfoques seculares. La distancia analítica que han ejercido los estudiosos de los fenómenos religiosos y los enfoques empleados para entender el papel social de la religión han sido por lo general desacralizadores. A la religión se le ha descrito, desde las ciencias sociales, como expresión del comportamiento humano. Ese abordamiento laico se aprecia desde los acercamientos a la religión que emprendieron los padres y padrinos de la sociología. Para Comte el desarrollo del espíritu humano tendría que llegar al *estadio positivo*. Marx subraya las capacidades de alienación y le adjudica a la religión la conocida frase sobre el opio del pueblo. Durkheim entendió las diferencias entre el mundo de lo sagrado y el mundo de lo profano. Weber subrayó la relación entre la ética protestante y el desarrollo del capitalismo pero cuestionaba la inhibición del esfuerzo colectivo que según ese autor propician otras religiones.

Desde la sociología, a la religión se la entiende como un fenómeno social y no como expresión de alguna voluntad divina. Pero además, desde Comte se ve a la religión como un dique para el desarrollo del pensamiento científico. La tradición sociológica ha mantenido una distancia y un talante crítico respecto de las religiones. Ha sido una tradición esencialmente laica, tanto en el método para

aproximarse al estudio de lo religioso como en la crítica a la influencia de las religiones.

2. EL LAICISMO no es una creencia. Compartimos el acercamiento que hace Pedro Salazar a la explicación de este concepto:

La laicidad constituye un proyecto intelectual que incorpora y promueve un determinado acervo de principios que dan carta de identidad a la diversidad y la pluralidad. Desde esa perspectiva el pensamiento laico constituye una "visión del mundo" en la que, en una aparente paradoja, hay espacio para múltiples "visiones del mundo", en ocasiones encontradas.¹

Así entendido el laicismo es una actitud ante y para la diversidad, una postura frente al reemplazo del análisis por el principio de autoridad a ultranza (comenzando por la autoridad de orígenes divinos que la religión se asigna a sí misma) y ofrece un método para comprender la realidad pero también para discutirla.

Hay quienes afirman que el laicismo es la nueva religión. Es entendible que eso se diga con propósitos de propaganda, para descalificar la capacidad de esclarecimiento de las posiciones laicas, pero se trata de todo lo contrario. El laicismo es el reconocimiento de que cada quien puede profesar el credo religioso

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Delia Juárez G.

Editora

Twitter:
@ElCulturalRazon

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Mónica Lavín
• Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General › Rubén Cortés Fernández Subdirector General › Adrian Castillo Coordinador de diseño › Carlos Mora Diseño › Luisa Ortega

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 9

que quiera, o ninguno. Es, además, la aceptación de la diversidad pero no necesariamente de las posiciones contenidas en ella.

3. LAICISMO Y ESPACIO público. El reconocimiento y el desarrollo de la pluralidad requieren de un espacio público laico. Cuando la comprensión y el debate de los asuntos públicos quedan sometidos a cualquier forma de fundamentalismo, la deliberación y la democracia son imposibles. Interés público y laicismo van de la mano. El primero no puede entenderse sin la diversidad de posiciones y filiaciones de toda índole que hay en la sociedad. El laicismo admite y da cauce a esa pluralidad.

En el mundo contemporáneo, la variedad de culturas que se amalgaman pero que también se confrontan gracias a las migraciones, los intercambios de toda índole y la capacidad propagadora de los medios de comunicación, requiere del espacio público para encontrarse, reconocerse y admitirse mutuamente. Cuando tal espacio se encuentra dominado por una concepción religiosa, por una ideología o por un poder absoluto, el diálogo entre posiciones distintas es imposible. Deliberar implica reconocer al otro, o a los otros, como interlocutores, requiere de un ejercicio compartido de tolerancia y respeto. Las concepciones y actitudes excluyentes son incompatibles con la deliberación pública.

Sustentadas en la fe, a las creencias religiosas resulta imposible discutir las con quienes las profesan. No hay razones o argumentos que valgan ante la decisión de asumir un dogma religioso. Eso no implica que a las religiones no se las pueda examinar y debatir, al contrario. Pero ese análisis y la discusión correspondiente requieren de apertura y tolerancia. Cuando quienes profesan una creencia religiosa consideran que no debe haber espacio más que para esa fe, o cuando rechazan cualquier cuestionamiento a sus principios, símbolos o prácticas, se entrampan en el callejón sin salidas fáciles que es la intolerancia. Lo mismo ocurre cuando los fieles de un credo religioso pretenden que toda la sociedad, independientemente de sus convicciones religiosas o de la ausencia de ellas, se allane a sus creencias. Sometido entonces a concepciones fundamentalistas, el espacio público queda a expensas de un segmento de la sociedad. Se convierte en rehén de una sola concepción; en la práctica deja de ser público.

4. LAICISMO NECESARIO en la academia. El desarrollo de la ciencia y de la reflexión requieren del contexto sin ataduras que sólo puede propiciar el laicismo. La libertad que es indispensable en la creación del conocimiento forma



Foto > Especial

parte de las tradiciones del desarrollo académico y a esa condición es preciso ejercerla, revitalizarla y defenderla sin tregua. La libertad en el entorno académico se encuentra hermanada con la diversidad. Es preciso que en las universidades haya condiciones para cuestionar paradigmas científicos, definiciones académicas, marcos y contextos teóricos, sin que ningún principio de autoridad inhiba la deliberación. Se trata de que existan garantías permanentes para revisar y discutir cualquier tema. El espíritu universitario, así entendido, es esencialmente laico.

Con razón, Michelangelo Bovero ha explicado:

La laicidad —me refiero al carácter laico de una concepción del mundo, más allá de los que sean sus supuestos ulteriores— es definida en primer lugar por su independencia de juicio respecto a las afirmaciones o creencias avaladas por una autoridad. La laicidad es ausencia de dogmas, de lo que es impuesto, aceptado y creído como irrefutable.²

Recientemente la UNAM adoptó un *Código de Ética* que establece a la laicidad como norma en las actividades universitarias:

La laicidad es un principio irrenunciable de la Universidad y todos sus miembros se obligan a protegerla y conservarla. El derecho a creer o a no creer en una deidad o religión determinada es un derecho fundamental protegido por dicho principio.

La laicidad se refuerza con la tolerancia y fundamenta la convivencia pacífica, respetuosa y dialogante entre personas que tienen creencias distintas y, en paralelo, exige de los universitarios una aproximación antidogmática y ajena a todo fundamentalismo en el quehacer universitario.

Esas garantías, que a la vez son exigencias para la diversidad y la tolerancia, no necesariamente se cumplen en nuestras universidades. En ellas, con frecuencia, la deliberación sólo ocurre de manera excepcional. La costumbre de discutir posiciones encontradas, de abrir recintos académicos y oídos a los pensamientos más variados independientemente de lo heterodoxos, controvertidos o irritantes que puedan

resultar, se practica poco en nuestras universidades. A la discusión con frecuencia se le rehuye, en contradicción con el talante antidogmático que debería imperar en ellas.

Hace falta más laicismo y menos enmismamiento en esas instituciones nuestras. En palabras, otra vez, de Michelangelo Bovero:

Laico es aquel que promueve un espíritu crítico frente a un espíritu dogmático y, por eso, reivindica el derecho a la heterodoxia en cualquier campo, para sí y para los que piensen diferente a él.³

5. RELIGIÓN Y RELIGIOSIDAD en la academia. El comportamiento laico es compatible con las convicciones religiosas. El laicismo es una actitud sustentada en el respeto a las creencias de otros pero no implica necesariamente que quienes lo sostienen no tengan creencias religiosas. La ciencia no es tal si se encuentra subordinada a dogmas. Pero los científicos, sin dejar a un lado el método de la disciplina que practican, pueden comprometer sus creencias personales con una fe religiosa.

La investigadora Elaine Howard Ecklund, de la Universidad de Rice, encabezó una investigación en ocho países para conocer la identidad religiosa de los científicos. Más de 9 mil 400 físicos y biólogos en Francia, Hong Kong, India, Italia, Taiwán, Turquía, el Reino Unido y Estados Unidos fueron encuestados. En cuatro de esos países más de la mitad de los científicos declaró tener alguna filiación religiosa. Se trata, por supuesto, de los países en donde la presencia de la religión está más imbricada con la vida social. En India el 94% de los científicos se declaró religioso, en Turquía el 84%, en Italia el 65% y en Taiwán el 58%. En Estados Unidos profesa alguna religión el 39% de esos científicos, en el Reino Unido el 37%, en Hong Kong el 31% y en Francia únicamente el 30%.⁴

A pesar de manifestar creencias religiosas, cuando a esos físicos y biólogos les preguntaron si están absolutamente seguros de la existencia de Dios,⁵ únicamente los científicos en Turquía respondieron de manera mayoritariamente afirmativa, con el 61%. La certeza en la existencia de Dios (o de varios dioses) es compartida por el 26% de los científicos en India, 20% en Taiwán y

“SUSTENTADAS EN LA FE, A LAS CREENCIAS RELIGIOSAS RESULTA IMPOSIBLE DISCUTIRLAS CON QUIENES LAS PROFESAN. NO HAY RAZONES O ARGUMENTOS QUE VALGAN ANTE LA DECISIÓN DE ASUMIR UN DOGMA RELIGIOSO.”

17% en Hong Kong. En los países occidentales esa convicción es mucho menor: 10% en Estados Unidos, 9% en el Reino Unido y 5% en Francia.

Los autores de ese estudio apuntan que “los científicos religiosos pueden fomentar la secularización en la sociedad afirmando y manteniendo la autonomía profesional de la ciencia, separando completamente la ciencia de la autoridad religiosa”.⁶

6. SECULARIZACIÓN DEL DISCURSO religioso. Nuestra esfera pública es fundamentalmente laica. La tradición histórica en el caso de México, pero de manera más amplia el reconocimiento de la diversidad confesional y de la religión como un asunto privado, así como la separación entre los ámbitos público y privado, han propiciado el alejamiento del discurso religioso en el tratamiento de los asuntos públicos.

En México ha sido infrecuente —además de inadmisibles— que se utilicen argumentos de carácter religioso en el tratamiento de asuntos de interés público (por ejemplo la educación, la salud, las relaciones dentro de la sociedad o las vicisitudes de la política). Parece impensable que un conductor de radio o televisión, o un articulista en la prensa escrita, propongan un argumento religioso para intervenir en una discusión sobre esos temas. Lo mismo vale para los personajes con responsabilidades políticas. Nadie, o casi nadie, defiende a un candidato o cuestiona al gobierno citando versículos de la Biblia. Nadie, por lo general, se opone al aborto o a la eutanasia apoyándose en el catecismo o en la doctrina de la Iglesia católica —aunque los argumentos de unos y otra coincidan punto por punto.

Los medios suelen ser conducidos por profesionales de la comunicación que tienen convicciones laicas y que difícilmente emplearían un argumento de autoridad religiosa. Incluso los ministros religiosos, cuando participan en la discusión de asuntos políticos, suelen abstenerse de esgrimir alegatos de esa índole.

El investigador alemán Jens Köhrsen ha sostenido que la religión se mantiene vigente en las convicciones de muchos ciudadanos en Europa Occidental pero, al mismo tiempo, ha quedado marginada en la deliberación de los asuntos públicos. El empleo de conceptos como “Dios”, “el diablo”, “la voluntad de Dios”, “Jesucristo”, entre otros, es notoriamente escaso para apuntalar posiciones políticas.

El razonamiento y la lógica involucrados en los debates públicos —sostiene ese profesor de la Universidad de Bielefeld— son fundamentalmente seculares y ajenos al razonamiento religioso. Eso no significa que los actores religiosos no traten de involucrarse ellos mismos en la esfera pública. Obviamente, participan en debates públicos. Pero para ello no despliegan conceptos religiosos. Las organizaciones religiosas se adaptan a la secularidad de los debates públicos al comunicarse de una manera no religiosa. De esa manera aumentan sus oportunidades para ser escuchados y reconocidos en los

“LAICISMO IMPLICA SEPARACIÓN ENTRE RELIGIÓN Y VIDA PÚBLICA. ASÍ SUCEDE EN EL PARLAMENTO, EN LA ESCUELA, INCLUSO EN LOS TEMPLOS. CON LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DEBERÍAN TENER VIGENCIA LOS MISMOS CRITERIOS.”

debates públicos. De otra manera posiblemente serían ignorados o se burlarían de ellos.⁷

Las iglesias, y especialmente la iglesia católica, ocupan espacios de audiencias limitadas en los medios de comunicación. Aunque el régimen jurídico de nuestro país no autoriza que las iglesias o los ministros de culto tengan o administren medios de comunicación, se mantienen y emplean diversos subterfugios para que esas corporaciones tengan acceso regular a espacios en radio y televisión. La católica y otras iglesias, además, exigen que sean derogados los impedimentos legales a la posesión de televisoras y radiodifusoras.

7. POR QUÉ LOS MEDIOS de comunicación tienen que ser laicos. Laicismo es reconocimiento de la libertad de todos para profesar las convicciones o creencias que quieran. En tal sentido, el laicismo reconoce que la vida pública no debe estar condicionada a ninguna postura religiosa.

En ejercicio de los principios laicos la religión tiene un ámbito distinto del ámbito de la política, la educación se desarrolla sin condicionamientos ni subordinaciones confesionales, las personas tienen derecho a profesar sus creencias, o la ausencia de ellas, sin imponérselas a los demás. La religión, en esa concepción, se encuentra acotada a convicciones y recintos privados. Las expresiones religiosas se encuentran al margen de acciones y decisiones públicas.

Es decir, laicismo implica separación entre religión y vida pública. Así sucede en el parlamento, en la escuela, incluso en los templos. Con los medios de comunicación deberían tener vigencia los mismos criterios. Pero a menudo la separación entre posiciones y convicciones religiosas y, por otra parte, la comunicación de masas, se dificulta debido a una apreciación parcial de la libertad de expresión.

En ocasiones se considera que si todos tenemos derecho a expresar nuestras

posiciones, y si el ámbito por excelencia para ejercer la libertad de expresión en las sociedades contemporáneas es el que constituyen los medios de comunicación de masas, entonces podría estimarse que las iglesias deben tener acceso a los medios de comunicación. De allí la insistencia frecuente de las propias iglesias para ocupar espacios en los medios e incluso para ser propietarias de empresas de comunicación.

En esa apreciación se soslaya que la libertad religiosa es una prerrogativa de las personas, no de las instituciones. Y también se olvida el hecho de que los medios de comunicación se desempeñan en el espacio público que para ser precisamente eso (abierto, accesible, en donde se construyan interlocuciones y no monólogos ensimismados) requiere estar nutrido por posiciones abiertas al intercambio. Los puntos de vista que dependen de cartabones confesionales reivindican dogmas de fe que por definición no son discutibles para quienes los sostienen.

También hay que tomar en cuenta la singularidad técnica de los medios de radiodifusión. La televisión y la radio propagan sus señales a través del espectro radioeléctrico, o más recientemente en soportes tecnológicos como el cable, que son limitados y cuya utilización ha sido concesionada por el Estado. Se trata, por ello, de recursos públicos. Recientemente, incluso, la Constitución mexicana ha reconocido a la radiodifusión y las telecomunicaciones como actividades de servicio público. Esos medios de comunicación que tienen un carácter público, ¿pueden estar al servicio de una corporación que tiene visiones fundamentalistas y por lo tanto excluyentes como las que definen a las iglesias? La libertad religiosa ¿llega al extremo de incluir el acceso de las iglesias a espacios de difusión que no se dirigen a un segmento de la sociedad sino a toda ella?

A menudo el argumento más reiterado para justificar el apartamiento de las iglesias respecto de los medios de comunicación subraya el perjuicio que puede tener para la sociedad la politización del discurso religioso —o, en otros casos o dicho de otra manera, la *confesionalización* del discurso político—. La agenda de los asuntos públicos no puede o no debe supeditarse a creencias religiosas. Si esas doctrinas se trasmisan a los medios de comunicación de masas para encuadrar la apreciación de los asuntos públicos, no habría ganancias sino pérdidas para la deliberación ciudadana.

La pregunta fundamental en este caso podría ser la siguiente: ¿es necesaria la voz de las iglesias en la deliberación de los asuntos públicos? Una postura libertaria, que considere que



Foto > Especial

en una sociedad abierta todos, absolutamente todos tienen derecho a expresarse en esos segmentos definitorios del espacio público que son los medios de comunicación, consideraría que sí. Pero no hay que olvidar que cuando surgen de convicciones confesionales, los puntos de vista sobre asuntos públicos (pensemos en temas difíciles como el aborto y la eutanasia entre muchos otros) no aportan argumentos sino intransigencias. La ausencia de la óptica de las iglesias no garantiza que tengamos una esfera pública digna de ese nombre, con interlocutores capaces de argumentar y razonar. Pero la presencia de la perspectiva confesional definitivamente tiende a descarrilar el intercambio de ideas en cualquier tema. Así que si anteponemos la pertinencia de contar con un espacio público en donde el intercambio sea tan desprovisto de fundamentalismos e incluso tan racional como sea posible, y si recordamos las ventajas del Estado laico, entonces podemos reiterar acerca del acceso de las iglesias a los medios de radiodifusión: mejor no.

8. ESPACIO PÚBLICO LAICO para deliberar más allá de los prejuicios. Los fundamentalismos impiden escuchar. El diálogo en el cual se realiza el espacio público sólo es posible en un contexto de tolerancia. Entendida como la visión del mundo que admite siempre la existencia de otras perspectivas, la laicidad trasciende al respeto y la ausencia de dogmatismos en asuntos religiosos. Laicidad plena y cotidiana es una postura abierta en y a la diversidad.

Es posible hablar de laicidad en un sentido incluso más amplio —explica Valentina Pazé— para referirse no a una particular teoría o visión del mundo, sino a una actitud abierta a la crítica y la autocrítica, dispuesta a escuchar las razones de los otros, y a la revisión de las propias opiniones.⁸

Laicidad es una fórmula de convivencia, de hecho la única posible. Por eso es antípoda de la uniformidad, de la intransigencia y de las concepciones excluyentes de otras. De acuerdo con la misma autora:

Lo contrario de la laicidad, así entendida, son todas las formas de dogmatismo o fundamentalismo, religioso o no; todo uso acrítico del principio de autoridad (“es la palabra de Dios” o “de Marx”); toda pretensión de poseer las verdades indiscutibles.⁹

9. LAICISMO E INTOLERANCIA en las redes sociodigitales. El espacio público se amplía, aunque no necesariamente se enriquece, con las redes sociodigitales. La facilidad de acceso, la ubicuidad

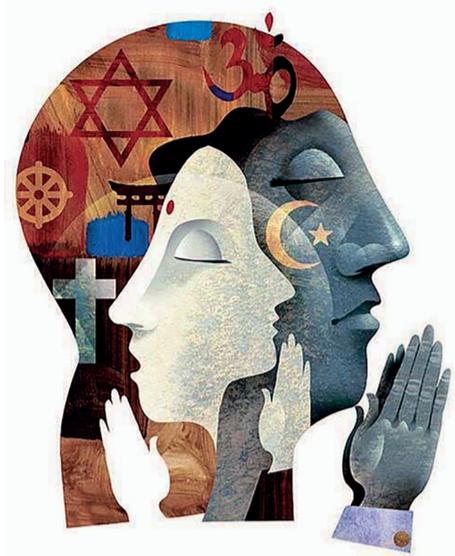


Foto > Especial

y la libertad que definen a esos territorios de expresión e interacción, los han vuelto indispensables como parte de la conversación social. Igual que en otras zonas de Internet, en Facebook, Twitter, Instagram, YouTube y otros sistemas articulados de manera reticular hay amplitud para la circulación sin restricciones de contenidos de toda índole. Allí se practica un intercambio de inédita abundancia y apertura.

Internet es fundamentalmente laica en su carácter incluyente y en su estructura dialoguista. La circulación de ideas y contenidos de lo más variados le dan vitalidad a ese océano de expresiones. Pero en ella también hay prejuicios, oscurantismo y autoritarismos. Todos los dogmas y las sinrazones que brotan en el mundo fuera de línea, encuentran eco en el universo digital y, con frecuencia, logran adherentes dispuestos a replicar las simplezas y las intolerancias más toscas. Seudociencia y mentiras, sensacionalismos e imposturas, pululan en las redes sociodigitales, propalados en burbujas autorreferenciales donde escasean los contrastes y a la discusión se le reemplaza con imprecaciones.

Respeto, reconocimiento del otro y tolerancia, que son pilares de la cultura laica, se difuminan o son rechazados en esos microcosmos cerrados a la diversidad en los que con frecuencia se convierten las redes sociodigitales. Los discursos de odio, los fundamentalismos de toda índole y así, la segregación de las posiciones críticas, encuentran espacio en la versatilidad y anchura de las redes digitales.

10. DEBATE PÚBLICO contaminado por fundamentalismos. El auge de posiciones políticas excluyentes señaladas por el racismo, el temor a la diversidad y la persecución a los otros, está definiendo una inquietante involución. El proceso civilizatorio, que se ha apuntalado en el reconocimiento a la pluralidad,

experimenta amenazas y retrocesos en todo el mundo. Los discursos fundamentalistas, en ocasiones entremezclados con posiciones de intolerancia religiosa, se abren paso incluso en sociedades en donde el laicismo, entendido como compromiso con el respeto a la diversidad, parecía afianzado.

Ese retroceso hacia nuevos fundamentalismos tiene raíces e implicaciones complejas que apenas comenzamos a comprender. Pero entre otros rasgos está definido por una recurrente abstracción respecto de la realidad. La circulación de impresiones y convicciones en las autorreferenciales redes sociodigitales, la pérdida de confianza en los medios de comunicación convencionales, el auge de discursos autoritarios y excluyentes, así como la inhibición de la reflexión crítica en amplios segmentos del espacio público, se han conjuntado para facilitar la proliferación de versiones incompletas, o de plano falsas, acerca de asuntos del mayor interés público. A las informaciones que lo cuestionan, el actual presidente de Estados Unidos las califica como *fake news*. Al ensimismamiento autocomplaciente con versiones falaces, maquiladas con el propósito de engañar y que son creídas por decenas de millones de personas simplemente porque se ajustan a sus preferencias y prejuicios, se ha dado en denominarle *posverdad*.

A las falsedades en línea que cobran verosimilitud para quienes buscan una realidad construida a modo, es preciso enfrentarles hechos verificables. A la intolerancia que se manifiesta en prejuicios tan extendidos que ocasionan drásticos cambios políticos hay que debatirla en todos los espacios. Al fundamentalismo de las concepciones únicas es preciso contrastarlo con la realidad de una sociedad que se enriquece en su heterogeneidad. La *posverdad* a la que se ha debido, al menos en parte, el poder político y el respaldo social de personajes como Donald Trump, es antítesis de la diversidad, la tolerancia, el respeto y el talante dialoguista que definen a la laicidad. Esos atributos son más necesarios que nunca. □

NOTAS

¹Pedro Salazar Ugarte, “Un archipiélago de laicidades”, en Pedro Salazar Ugarte y Pauline Capdevielle (coordinadores), *Para entender y pensar la laicidad*, tomo I, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 2013, p. 49.

²Michelangelo Bovero, “Laicidad. Un concepto para la teoría moral, jurídica y política”, en Salazar y Capdevielle, *op. cit.*, p. 263.

³Bovero, *ibid.*, p. 264.

⁴Elaine Howard Ecklund, David R. Johnson, Christopher P. Scheitle, Kirstein R. W. Matthews y Steven W. Lewis, “Religion among Scientists in International Context: A New Study of Scientists in Eight Regions”. *Socius. Sociological Research in a Dynamic World*, American Sociology Association, Sage, Volume 2, 2016.

⁵La frase ante la que les pidieron definirse fue “I know God exists, no doubts”.

⁶Ecklund *et al.*, *op. cit.*, p. 6.

⁷Jens Köhrsen, “How Religious is the Public Sphere? A Critical Stance on the Debate about Public Religion and Post-Secularity”. *Acta Sociológica*, No. 55-3, Sage, 2012, p. 282.

⁸Valentina Pazé, “Educación para la laicidad, entre el Estado y la sociedad civil”, en Salazar y Capdevielle (coords.), *Para entender y pensar la laicidad*, tomo II, p. 470.

⁹*Ibid.*

“RESPETO, RECONOCIMIENTO DEL OTRO Y TOLERANCIA, QUE SON PILARES DE LA CULTURA LAICA, SE DIFUMINAN O SON RECHAZADOS EN ESOS MICROCOSMOS CERRADOS A LA DIVERSIDAD EN LOS QUE CON FRECUENCIA SE CONVIERTEN LAS REDES SOCIODIGITALES.”

La historiadora y filósofa estadounidense Deirdre McCloskey visitó en fechas recientes la Ciudad de México y convocó a un grupo de lectores atentos a su obra, *Las virtudes burguesas –todavía inconclusa–*, donde ensaya “una apología teológica del capitalismo” que constituye desde luego una provocación e invita a la polémica. Este ensayo revisa la cruzada moralizadora de McCloskey, quien “encarna el orgullo burgués” y reivindica, de entrada, la exclusión de sistemas y opciones diferentes.

EL SUTIL ENCANTO DE LA BURGUESÍA

HUMBERTO BEZARES ARANGO

El pasado 13 de febrero Deirdre McCloskey (1942) visitó la Ciudad de México. Destacada historiadora de la economía, pensadora posmoderna y cristiana progresista, McCloskey encarna el orgullo burgués y la duda ética frente a la banalización de la economía, en un mundo que al despreciar la ganancia y la usura —¿en verdad lo hace?, me pregunto— pone en peligro la libertad.

Las virtudes burguesas (FCE, 2015) es, en breve, una apología teológica del capitalismo. Un libro que “ofrece razones, con un margen para dudar, a los no creyentes”, es decir, a los ateos de la izquierda educada y anticapitalista. En realidad, creo que esta cruzada moralizadora oscila entre dos extremos: los detractores de la izquierda, particularmente en su versión de crítica cultural, y los defensores de la derecha, como el economista Gary Becker, quienes realizan su crítica desde la posición de una cínica economía basada en el racionalismo egoísta. Ambos extremos dan muestra a su parecer de un “desprecio de la clase media hacia sí misma”, o al menos de los académicos hacia la clase media, reducida a un conjunto de títeres manipulables o máquinas de cálculos hedonistas. McCloskey dispara a izquierda y derecha: contra los mitos marxistas de la enajenación y contra los reduccionismos utilitaristas samuelsonianos; contra los románticos socialistas y contra la frivolidad de Ayn Rand; contra la teoría del valor y contra la teoría de la maximización, etcétera.

EL ENSAYO ES UN MONUMENTO a la erudición. La cantidad de referencias, ejemplos y aristas que explora son de una riqueza documental poco común, pero que amenaza con ahogar el argumento bajo las ramas de un árbol de Porfirio. La obra se mueve entre la sobriedad y la ironía, entre el razonamiento sugerente y la fe apasionada en la vida burguesa. Es ácida y contundente al descalificar a un enemigo como Karl Marx y no lo es menos al corregir a un amigo como Milton Friedman —es por ello que, según ella confiesa con una sonrisa, no tiene amistades en la academia. En ocasiones es redundante en sus peticiones de paciencia y apertura del lector a un grado tal que da la



Deirdre McCloskey.

impresión de que la zalamería es una virtud burguesa. El primer volumen —de cuatro— suma 530 páginas. La autora resume así su contenido:

La Prudencia Sola no es suficiente: primer volumen. La prudencia jamás ha caracterizado a la vida burguesa: volumen 2. [...] Desde 1848 la clase educada dio una razón cínica para ignorar la ética, la vida burguesa necesita ser re-moralizada: volumen 3. Los ataques a los valores burgueses son en su mayor parte erróneos: volumen 4.

En algún momento su empeño parece desahogado, pues el cuarto volumen no ha visto la luz y al parecer nunca lo hará. En sí misma la extensión de una obra no la descalifica, pero en este caso el vicio académico de citar en demasía estorba en vez de fortalecer el argumento, limitando el círculo de sus lectores a un puñado de especialistas o de personas con gran paciencia y curiosidad intelectual.

La petición de McCloskey no es extraordinaria: valorar la vida burguesa menospreciada por los mitos anticapitalistas (desde la izquierda) y el reduccionismo economicista (en la derecha). Su planteamiento se erige desde una postura posmoderna que rehuye de la “Gran Razón” aplicada a la economía, ese deseo envalentonado y machista por reducir la complejidad de la vida humana a un solo principio vulgarmente conocido como “interés propio”, que la autora llama “Prudencia Sola”, siendo así fiel a su sistema de virtudes. Sobre el *interés propio* se funda el mito de la Harmonía matemáticamente concebida como equilibrio y también las contradicciones marxistas de la dialéctica de la explotación. Son siete y no una las virtudes que, según McCloskey, son necesarias no sólo en el capitalismo, sino en todo sistema social, cuatro paganas y tres cristianas: Valentía, Justicia, Prudencia, Templanza, Amor, Fe y Esperanza. En contra de los críticos vulgares del capitalismo, la autora no sólo defiende que la vida burguesa es compatible con este sistema de virtudes, sino que lo fomenta. Revive “la mano invisible” de Adam Smith para explicar de qué manera la economía de mercado fomenta las virtudes. La autora no esconde su admiración por el economista de Kirkcaldy —con ironía se persigna cuando se le menciona— y emulándole reprocha a Bernard de Mandeville la falta de tacto al escribir su apología de los vicios titulada *Fábula de las abejas* (1705), donde llama vicios a lo que a la luz de la modernidad deben ser virtudes: egoísmo en vez de prudencia, avaricia en lugar de ahorro, etcétera.

Posmodernamente, McCloskey rechaza los reduccionismos de tipo kantiano —monismo racionalista y ético—, decantándose en cambio por un

“SON SIETE Y NO UNA LAS VIRTUDES QUE, SEGÚN MCCLOSKEY, SON NECESARIAS NO SÓLO EN EL CAPITALISMO, SINO EN TODO SISTEMA SOCIAL, CUATRO PAGANAS Y TRES CRISTIANAS: VALENTÍA, JUSTICIA, PRUDENCIA, TEMPLANZA, AMOR, FE Y ESPERANZA.”

discurso horizontal donde las razones —en plural y sin mayúsculas— articulan un argumento no mecanicista, pero tampoco exento de contradicciones. Por ejemplo, en más de una ocasión declara su ambivalencia respecto a la burguesía, aceptando sus defectos, lo que no la hace mejor que la aristocracia o el proletariado. Inmediatamente revira y declara que la vida de la ciudad es más virtuosa, que sus caídas han sido producto de los ataques contra su pureza, que “el capitalismo no ha corrompido nuestra alma. La ha mejorado”. Termina por caer en el reduccionismo de la burguesía virtuosa: ¿por qué no hablar simplemente de virtudes humanas? En busca de escapar del maniqueísmo de izquierdas y derechas, se ubica en un punto interior, más cercano a la derecha, desde el que no hace sino ratificar la dualidad. Su visión del mundo burgués no supera un horizonte ontológico cerrado: la modernidad occidental. Como la mayoría de los estudiosos que se asumen posmodernos, es en realidad una moderna-post, negada a la alteridad de las posibilidades culturales vigentes. Su horizonte de posibilidad va del *laissez faire* puro a la intervención estatal. Divide a la sociedad en sus espacios económico y político dejando de lado el enredo real de las relaciones sociales y más aún el impulso recíproco de las instituciones liberales. Luego termina por declarar, junto a autores a quienes recrimina su simplismo, que es el Estado el que corrompe mediante la centralización a la burguesía y no a la inversa. Y aunque reprocha a Ayn Rand por defender al capitalismo desde las almenas del egoísmo, ambas lo defienden de la retórica populista del Bien Común. Dios y el diablo coludidos en el paraíso perdido del liberalismo.

La intervención del Estado no es, como quisieran algunos liberales simplistas, un movimiento teleológico hacia el totalitarismo, sino una reacción espontánea a los efectos nocivos de la economía de mercado. Antes de “dejar hacer y dejar pasar” hizo falta intervenir para crear y proteger la vida burguesa: cercar los comunes (*commons*), adoptar el patrón oro, abolir las leyes de cereales y el subsidio a los pobres; es decir, crear un mercado de tierra, uno de capital y uno de trabajo. Y una vez instalado el Estado, se le puede dejar hacer al mercado, pero sin quitarle el

ojo de encima por su propia seguridad. Al final se tiene que admitir, como Hobbes, que el hombre es el lobo del hombre para no aceptar que el pobre sea el lobo del rico, o su oveja.

LUEGO ESTÁ EL PROBLEMA de la conquista y la dislocación cultural de comunidades indígenas que acompañó a la creación de la economía de mercado y la sociedad burguesa. McCloskey no niega los efectos destructivos de la occidentalización, sólo pide que no sea excusa para el estancamiento: en el largo plazo, todos seremos burgueses —aquí estimo que su narrativa histórica se cruza con su cristianismo episcopal progresista, en un intento por mundanizar la salvación y ampliar la iglesia liberal. En su aritmética, la pérdida de una tradición comunal se compensa con creces por la superación de sistemas feudales tradicionalistas, machistas y violentos. Huye de la barbarie aristócrata o campesina. Su cristianismo es individualista y no comunal como —al menos presuntamente— el catolicismo que busca la salvación del pueblo. Que el cristianismo protestante no sólo es compatible con los negocios, sino que fomenta la laboriosidad y el ahorro, mientras el trabajador católico es propenso al ocio y el despilfarro, son cosas que se sospechan desde los tiempos de Max Weber.

La vida burguesa que defiende es profundamente cristiana aun cuando hombres y mujeres no sean conscientes de ello. El amor trascendental que equilibra las pasiones violentas tiene su modelo en el amor de Dios, de alguna manera oculto en lo mundano —casi un panteísmo mercantil. McCloskey encuentra en el trabajo, el éxito o inclusive el beisbol, una transcendencia secularizada, suficiente para inspirar una vida virtuosa. Si por un momento le preocupa que la ética pragmática pueda banalizar el Mal, no repara en que lo que banaliza es el Bien. Democráticamente mundaniza la Fe y la Esperanza, salvando el sentimiento trágico de la vida de la soledad personal, apelando a la Justicia y el Amor, esta última una virtud proletaria apropiada por el capitalismo, o más bien, simplemente capitalista, pues tanto el proletario como el burgués son fruto de la fábrica. Al igual que algunos pragmáticos de la ética, como Richard Rorty, cree en la solidaridad ampliada

“MARX ES EL FOCO DE SUS ATAQUES. SOBRE ÉL CAE LA ACUSACIÓN DE HABER CREADO LOS MITOS DE LA ENAJENACIÓN DEL TRABAJO PROLETARIO Y LA VORACIDAD DE LA BURGUESÍA SIN CONOCER EN CARNE PROPIA NI LO UNO NI LO OTRO.”

de los grupos humanos, no a partir de la razón única sino de la compartición de la experiencia. Pero no repara en que la solidaridad hacia el interior de un grupo social puede ser perfectamente compatible con la hostilidad al exterior. Luego un burgués puede votar por Donald Trump —acosada por el recuerdo de su presidente, McCloskey aprovechó su visita para disculparse ante los mexicanos por este desafortunado accidente de la política de masas burguesas.

Como estudiosa de la retórica, McCloskey detecta y explota los menores defectos en las críticas de los detractores del capitalismo. Marx es, necesariamente, el foco de sus ataques. Sobre él cae la acusación de haber creado los mitos de la enajenación del trabajo proletario y la voracidad de la burguesía sin conocer en carne propia ni lo uno ni lo otro. Imputa luego a la tradición intelectual de la izquierda, a la Escuela Crítica de Frankfurt, seguir acriticamente las mentiras de Marx y compartir su desprecio por el empresario burgués, reduciéndolo a una mezquina máquina egoísta (a la inversa, McCloskey profesa cierto desprecio por el trabajo académico y alaba las virtudes de los negocios). Si bien es verdad que la vida burguesa no se reduce al egoísmo —más aún, que la sociedad no es posible sobre la base sola del egoísmo—, su propia crítica de los críticos es simplista. Asume que cuando Herbert Marcuse habla del aparato de control ideológico, éste se reduce a comerciales de televisión. Luego lanza una cifra contundente sobre la irrelevancia del sector publicitario en la economía como prueba contra la *unidimensionalidad* de la vida. Pero la Escuela de Frankfurt no erigió su crítica sobre estadísticas, siempre endeble, ni redujo el aparato de control de la subjetividad a treinta segundos o cuatro horas de televisión, sino a un entramado complejo de fomento de modelos de vida, no cuantificable y acaso sí exagerado en el discurso con un lenguaje fastuoso pero no carente de un contenido reflexivo de la realidad. En todo caso la profesora McCloskey debe recordar que el primer economista que se refirió a cierta forma de enajenación fue el mismo Adam Smith, quien escribió que el trabajo repetitivo volvía a los hombres “tan estúpidos e ignorantes como es posible a un ser humano”.

ARGUMENTOS SIMILARES son presentados contra la importancia de la geopolítica o el supuesto carácter acumulador del capital. Contra autores como Thomas Piketty —a quien ha retado a sostener un debate público que el francés ha eludido— afirma: “La acumulación no



Max Weber (1864-1920).

Foto > vision.org

HUMBERTO BEZARES ARANGO (Oaxaca, 1986) es especialista en historia económica y autor de *Economía desafiada. Ensayos sobre historia del pensamiento económico* (UABJO, 2016).

es el corazón del capitalismo moderno [...] su corazón es la innovación". ¿Y para qué se innova?, me pregunto. Casi puedo escucharla contestar: "Para el bien del alma humana y su salvación." *Market-tested betterment* (mejoras aprobadas por el mercado) es la definición del capitalismo que McCloskey defiende: un sistema de consumidores autónomos cuyo juicio guía la producción, burgueses inmunes a la manipulación. La acumulación le parece un accidente, si acaso un estancamiento temporal del cauce que será corregido por el mercado. Pero, aun si tal fuera el caso (yo lo dudo), la acumulación no sólo permite la innovación, sino que también puede estorbarla; ambos fenómenos aparecen inseparables de la desigualdad contemporánea: aun cuando las conexiones no sean claras, su coexistencia es un hecho. En realidad, muchos otros factores rigen y confluyen en el río de la Historia. La confianza en el juicio de un mercado sin control ni regulación me parece, por otro lado, altamente criticable. La contaminación y la obesidad son dos fenómenos que al menos deberían despertar sospechas.

McCloskey cae en otro reduccionismo: son las ideas, mediante el diálogo, las que mueven al mundo. En todo caso se trata de un diálogo excluyente por ahora, cerrado a los altos círculos de la burguesía; al menos así sucede en nuestras sociedades propensas al cinismo y la manipulación —palabra que, por cierto, considera sobrevalorada por el discurso de izquierdas. Los burgueses no somos individuos aislados, estoy de acuerdo. No vivimos en perpetua enajenación como autómatas sin comunicación mutua. Pero un momento de alienación violenta, cuando las circunstancias materiales son propicias y la retórica hace uso del miedo, basta para acarrear el desastre. Condenar al otro antes de condenarse a sí mismo.

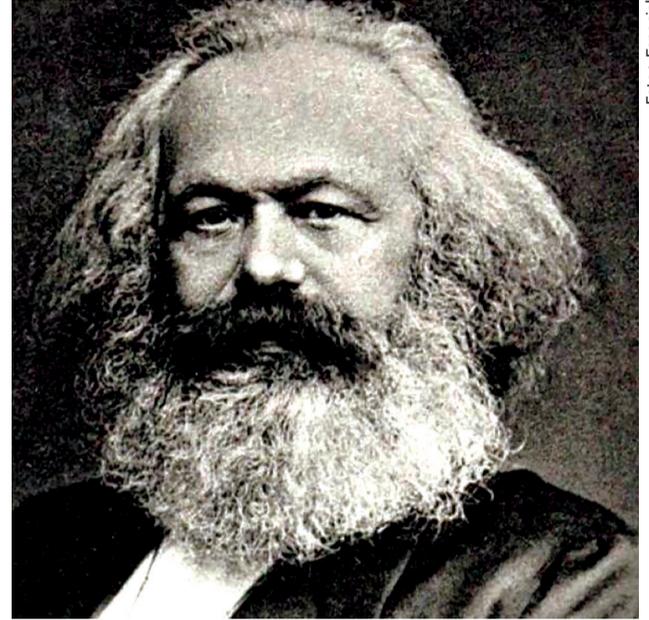
LA OBRA DE McCLOSKEY es por momentos apasionada, plagada de insistencia persuasiva y periódicamente aburrida, como la vida burguesa. Deja la impresión de que su argumento ganaría vitalidad si practicara la moderación. Como ella misma lo remarca, la Prudencia Sola conduce al orgullo. Como todo moralista, McCloskey batalla con su propia prédica. La obra es una sensata invitación a la izquierda intelectual a reconsiderar sus argumentos, cosa que bien le hace falta, pero dista de ser contundente. Quizá dos tomos más de apología sean necesarios para terminar el trabajo, pero el esfuerzo que pide al lector es grande.

Desde los tiempos del Rey Salomón se sabe que hasta en un palacio se

puede llevar una vida buena. No hay pues novedad en la petición, aunque sí un pertinente llamado a revalorar la ética, principalmente en su papel para la economía, y para fundar una "teología económica posmoderna", de lo que ya no estoy tan seguro. Su llamado a romper con el reduccionismo del *homoeconomicus* es loable, pero a mi parecer limitado. La razón geométrica falla al tratar de explicar la complejidad del mundo, en eso estamos de acuerdo. La separación de la ética y la economía es un error y en eso también coincidimos. La caracterización de McCloskey del capitalismo norteamericano como una sociedad muy religiosa también la comparto, pero lo que a ella le da esperanza a mí me produce escalofríos: "La mejor versión del capitalista es el capitalista humilde [...] McDonald's [...] Wal-Mart" (¡sic!). Los discursos intelectuales absolutos han creado una visión falseada de la vida —también de acuerdo—, que pone a la Razón por delante de la contingencia. Pero yo me uno al llamamiento de Peter Sloterdijk de que estos grandes sistemas o discursos o relatos fallaron no por ser demasiado grandes, sino por no serlo suficientemente. "La Verdad —escribió Xavier Villaurrutia— es una diosa y no debemos buscarla en un lugar sino en todos".

El pragmatismo ético como guía de vida es atractivo, pero sesgado a una vida ya de por sí buena. "El estilo de vida norteamericano no está en negociación", declaró con arrogancia George Bush padre. McCloskey parece de acuerdo, pero llama sobriamente a una reconsideración de lo que significa ese estilo de vida. Ya es un avance, pero si no hemos de quedarnos en la pura apología, en la victimización de la burguesía, debemos trascender su propio discurso. Apelar por una transmodernidad —más allá de los vicios modernos— y no un modernismo-post que reduzca el horizonte ético al encanto de una vida burguesa tan sospechoso para quienes no vivimos en Chicago ni en Ámsterdam —y aun dentro de estas urbes habrá quien tenga dudas fundamentadas. Hay que reconocer que hay otras vidas, todas humanas y no todas virtuosas, pero valiosas. Habrá que tener en mente esto cuando se haga apología de la vida burguesa si en realidad se quiere expiar el pecado original de la acumulación capitalista antes de que las masas desengañadas de las promesas terrenales del capitalismo entreguen sus santos a la hoguera, y haya que volver a andar el camino hacia el Gólgota y la Cruz.

P.D. La tarde del 13 de febrero, en el Centro Cultural Bella Época, tuve la oportunidad de intercambiar unas



Karl Marx
(1818-1883).

palabras con la profesora McCloskey. La premura de la ocasión y la larga fila de fans en busca de un autógrafo no me permitieron exponer todas mis dudas, pero ante la sacudida que le causa mi confesión de que su obra no me ha gustado —un ateo en la iglesia liberal— me invita a tomar asiento. Lejos de ser intolerante, presta atención a mis palabras, está de acuerdo en que es más valioso un libro inteligente que nos moleste que uno estúpido que nos entretenga, y su obra, lo he dicho, es inteligente aunque me cause desazón. Le pregunto si ha pensado en el peligro de que su apología del buen burgués pueda verse apropiada por los empresarios voraces —y señalo que en México estos son la norma, no por proporción sino por peso—, siempre dispuestos a articular discursos cínicos que alaben su filantropía y virtuosismo, mientras explotan a los trabajadores y se coluden con el gobierno para legislar por sus intereses muy personales y burgueses. McCloskey confiesa no haberse detenido en la posibilidad, pero es consciente de que todo discurso es propenso a tal peligro. A mi parecer, le digo, esto es lo que pasó con Marx y no habría que imputarle culpas que son de sus epígonos y sobre todo de Stalin. Le digo que así como ella pide que no satanicemos al neoliberalismo, tampoco lo hagamos con el marxismo. No contesta, pero sonrío en lo que me parece un silencioso acuerdo. Pero no sonrío por mis palabras sino porque ha notado el crucifijo que cuelga de mi cuello: "también eres cristiano", me dice. No me atrevo a confesar que la cruz sobre mi pecho es para mí menos un recuerdo del Hijo de Dios que del amor materno, y ahora yo sonrío concediendo. Al final, creo que es mejor un breve diálogo lleno de amistosos silencios que las descalificaciones que hacen de la academia un semillero de intolerancia. Nuestras visiones no están en desacuerdo, sólo están limitadas por la contingencia de nuestras circunstancias. El siguiente paso, como creía Richard Rorty, es la solidaridad: construir juntos y sin ortodoxias una mejor vida, no necesariamente burguesa o proletaria, agnóstica o cristiana. "Yo también soy un humanista", le contesto y me despido prometiendo que le enviaré este ensayo. ☐

"LA OBRA DE McCLOSKEY ES POR MOMENTOS APASIONADA, PLAGADA DE INSISTENCIA PERSUASIVA Y PERIÓDICAMENTE ABURRIDA, COMO LA VIDA BURGUESA. DEJA LA IMPRESIÓN DE QUE SU ARGUMENTO GANARÍA VITALIDAD SI PRACTICARA LA MODERACIÓN."

En contraste con el entusiasmo por el estilo de vida estadounidense que refleja el ensayo anterior, en estas páginas asoma el lado oscuro del "sueño americano", la realidad de su exclusión salvaje, incluso, como en este caso particular, contra la población nativa de raza blanca —la llamada "basura blanca"—, segregada a su vez por el origen, la pobreza o la miseria. Rencor, resentimiento y odio conforman y cohesionan su identidad, entre millones de condenados por un "sueño" que no los incluye ni les pertenece.

Jim Goad

EL PROFETA

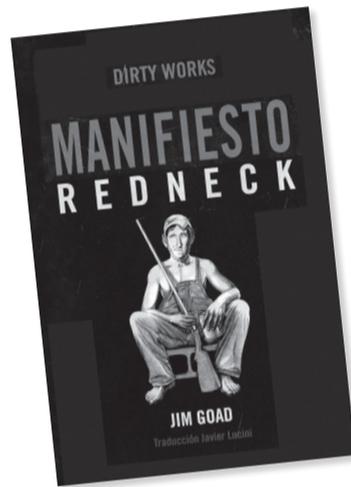
DE LA BASURA BLANCA

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

Jim Goad tiene claros los tres motivos por los que escribe: el rencor, el resentimiento y el odio. Su *Manifiesto Redneck* puede leerse como la racionalización de estos sentimientos, pero no con el afán de neutralizarlos o de explicarlos en busca de una justificación exculpatoria, sino de identificar a sus enemigos y jurar venganza. Y sus enemigos, el progresista blanco y el blanco rico, son los dos grandes triunfadores del neoliberalismo en Estados Unidos, uno en el plano cultural y el otro en el económico. Una vez identificados, resulta imposible acusar a Goad de parcialidad o de pecar de favoritismo: odia a ambos por igual. Y ahora viene lo relevante: a lo largo de trescientas páginas sarcásticas e iracundas, Goad contextualiza, desarrolla y justifica su odio, lo que da por resultado un ensayo que cuestiona de tal forma varios de los preceptos de la identidad estadounidense que, tras su lectura, nos vemos obligados a darle la razón en todo y pasar a otra cosa, a tirarlo a loco o a cambiar drásticamente nuestra visión de la realidad. Sea cual sea la opción que elijamos, lo que queda claro es que muy pocos tienen el talento de odiar tan virtuosamente como Goad.

El manifiesto (supongo que Goad consideraría insultante llamarle libro, texto o ensayo, como hicimos en el párrafo anterior) tiene la virtud de exponer histórica y sociológicamente varios aspectos del concepto *redneck*, de narrar las observaciones del propio autor sobre este fascinante universo cuya vulgaridad y sordidez parecen nunca agotarse y de intercalar fragmentos autobiográficos del irremediablemente *redneck* Jim Goad. Si ya esta mezcla entre ensayo, crónica y autobiografía (y manifiesto, claro) hacen del texto algo relativamente novedoso, considerando que fue escrito hace veinte años, el lenguaje del que se vale —incorrecto y soez, pero también erudito y reflexivo—, hace de él un texto tremendamente actual, sobre todo porque Goad, en sus predicciones, parece haber acertado y haberse equivocado con igual exactitud.

Pero antes de llegar al futuro imaginado de Goad —que sólo en parte es nuestro presente— hace falta puntualizar



de qué habla. Goad se detiene en el origen y la evolución del término *redneck*, asociado a muchos otros con leves diferencias semánticas, como *crackers*, *shit-kickers* y *hillbillies*, cuyo hiperónimo, que no requiere mayor explicación, es *white trash* ("basura blanca"), que incluye también al blanco pobre urbano, obrero, incluso neoyorquino, si bien los *rednecks* por antonomasia son los campesinos blancos, trabajadores y pobres, que tienen la nuca roja por trabajar el campo de sol a sol. Sobra decir que se trata de un término despectivo, al que se asocian estereotipos profundamente negativos: una ignorancia de proporciones enciclopédicas; un rudimentario uso del idioma, confirmado por su acento rural; una vocación de incesto irrefrenable, que constituiría un rasgo de identidad y un dispositivo imparable de reproducción de pequeños *rednecks*; un amor —a saber si carnal o romántico— por la posesión de armas; un aspecto desaliñado, una dentadura incompleta o putrefacta, y unos zapatos rotos (si los hay); un espíritu emprendedor que se limita a la elaboración de whiskey casero para autoconsumo; una desconfianza irracional frente al Estado, las ciudades, la ciencia y cualquier ser humano que tenga la nuca pálida o morena, y, por último y sobre todo, una "merecida" pobreza, pues el único culpable de ella, para el enemigo, es por supuesto el propio *redneck*.

Una vez que sabemos de lo que

hablamos, o más bien, de quiénes hablamos, Goad repara en el hecho, para él indignante, de que el desprecio al *redneck* esté tan extendido y tan naturalizado en Estados Unidos, al grado de que este colectivo constituye el último del mundo de lo políticamente correcto (de hecho, hacerlo está bien visto). Al denigrar al *redneck* mediante chistes de razonable mal gusto, el gracioso estaría confirmando su progresismo; una vez censurados los chistes racistas y sexistas, no le queda más humor al buen progresista que burlarse de la pobreza, siempre y cuando sea blanca, por supuesto. No escapa a Goad la paradoja de que su lector más probable no sea un obrero metalúrgico de Minnesota, sino un progresista de San Francisco; de ahí que las interpelaciones más provocadoras estén dirigidas al lector, al grado de proponer la esclavización de todos los progresistas blancos.

La motivación de Goad no es la empatía con un grupo marginado; si de algo no puede acusarse al manifiesto es de sus buenas intenciones: "¿Y por qué me perturbaba tanto toda esta insidia contra la basura? Porque están hablando de Mí", afirma Goad sin tapujos, aunque caer en la cuenta de que él forma parte de la basura humana de su país no le resultó sencillo. Nacido en un suburbio de Filadelfia, Goad pasó su infancia y adolescencia convencido de la superioridad de su comunidad de origen irlandés frente a la italiana, la otra que poblaba el barrio. Fue al llegar a la universidad cuando cayó en la cuenta de que esas diferencias importaban poco, pues distaba mucho de ser un auténtico WASP (*White Anglo-Saxon Protestant*, término que designa a la auténtica élite de EUA; tres de las cuatro palabras que lo forman están pensadas justamente para excluir a irlandeses e italianos). Al enfrentarse al progresismo universitario y jamás lograr integrarse en él, y harto de que sus compañeros ricos, cuyas familias jamás habían tocado una hoz o un martillo, le explicaran cómo debía comportarse la clase trabajadora, Goad comprende que el linaje al que pertenece y al que siempre pertenecerá es el de la basura blanca. Ante la evidencia,

decide emprender una revisión de las raíces de esta basura, y, más que reivindicarla, sueña con un contrataque.

Según Goad, en una visión tan delirante como fundamentada con citas y cifras históricas, la basura blanca, y con ella la respetable familia Goad, proviene de los siervos de cumplimiento forzoso y de los trabajadores convictos que emigraron a Estados Unidos durante la Colonia y hasta la Guerra Civil. En otras palabras, los ancestros de los *rednecks* serían ni más ni menos que “los esclavos blancos”, a quienes se borró de la historia. El dogma de que Estados Unidos, *salvo* por la esclavitud negra y por el genocidio indígena, fue poblado por inmigrantes ansiosos de libertad es rebatido con contundencia por Goad: la mayoría de los blancos que llegaron al país lo hicieron secuestrados, vendidos o engañados para servir como siervos, o bien como convictos que debían purgar sus penas como trabajadores forzados en el Nuevo Mundo. Sus condiciones muchas veces fueron peores que las de los esclavos negros, siempre según Goad, ya que estos últimos *al menos* eran una posesión de su dueño, por lo que se les cuidaba, mientras que los blancos sólo servían por unos años, tras los cuales eran liberados; de ahí la idea de que el patrón debía aprovecharlos lo más posible, o, dicho en otras palabras, explotarlos hasta la muerte antes de que venciera el contrato firmado por sólo una de las partes.

Tras cuestionar las raíces del origen nacional de Estados Unidos, Goad emprende un nuevo ataque, ahora contra el mito que justifica al país: el *sueño americano*. En este sentido, requiere muchos menos argumentos para convencernos de que el ascenso social y la meritocracia son una invención con más o menos la misma entidad de realidad que Pie Grande (criatura, por cierto, cuya existencia un buen *redneck* nunca pondría en duda): “Aunque raramente se reconozca, la riqueza heredada (al igual que la pobreza heredada) constituye un sistema de exclusión muy similar al de la supremacía blanca”.

Para Goad, el racismo en Estados Unidos no es tan grave como se cree; es, más bien, una percepción fomentada por los medios de comunicación y por Hollywood, en una inmensa campaña de propaganda con dos objetivos claros: esconder el verdadero problema, que es el clasismo, y fomentar la separación de los pobres según su raza para que no puedan formar un solo bloque de poder. “La raza se menciona diez mil veces por cada vez que se oye la palabra ‘clase’. Las diferencias culturales ahogan las similitudes económicas”, afirma Goad, recordando el viejo adagio de que ser paranoico no significa no ser perseguido. No pasarán muchas páginas

para que Goad defienda la existencia y la vaga ideología de las milicias de civiles armados listos para luchar contra la red de conspiraciones que gobiernan de hecho Estados Unidos: “No te preguntes qué puede hacer tu país por ti. Tampoco te preguntes qué puedes hacer tú por tu país. Empieza a preguntarte qué es lo que te está haciendo tu país a TI”. Muchas de sus afirmaciones, por supuesto, conviene tomarlas como piruetas retóricas, pródigas en falacias y en comparaciones históricas forzadísimas, como cuando defiende la portación de armas o a los predicadores que invocan a Jesús al tiempo que juegan con víboras venenosas, y que bien podrían ser personajes de *Knockemstiff*, de Donald Ray Pollock, acaso quien mejor ha escrito sobre los *rednecks* desde la ficción.

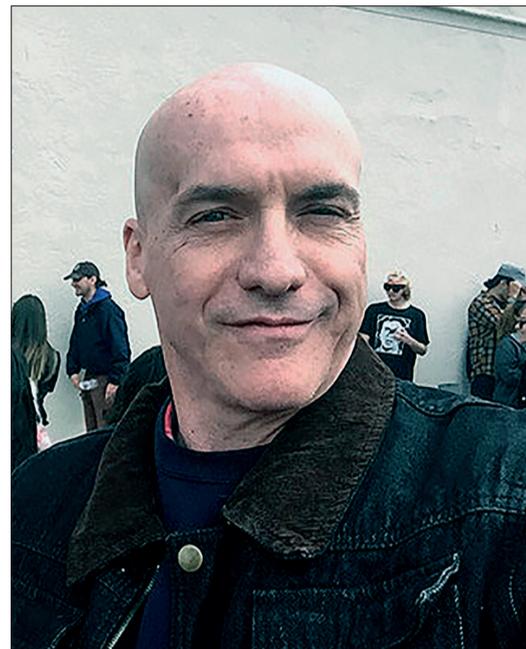
Siguiendo este relato, los *rednecks*, más sumisos de lo que pudiera pensarse si tomamos en cuenta su gusto por los rifles de asalto, años atrás se resignaron a ser basura, pero al menos les quedaba el consuelo de ser trabajadores, y poder vivir de ello. Sin embargo, la odiada élite blanca de Washington, durante los años ochenta, descubrió que mediante la globalización podía reducir costos y multiplicar las ganancias, lo que lleva a Goad a decretar que “la clase obrera estadounidense ha muerto”.

Goad expone su propia situación para ejemplificar la de toda la clase obrera, esa que, según la mitología divulgada hasta el cansancio, construyó un Ford para cada familia del país y produjo armas suficientes para derrotar a Hitler:

Recuerdo haber ganado sólo diez dólares por hora en 1995, sin prestaciones ni vacaciones, por hacer el mismo trabajo que en 1987 me proporcionaba dieciséis dólares con todas las prestaciones. Aunque mi mujer y yo tenemos títulos universitarios y no tenemos hijos, trabajamos a jornada completa y las pasamos putas. Mi padre no terminó el instituto y pudo mantener a su esposa y cuatro hijos sin ayuda de nadie.

El lamento de Goad puede parecer injustificado, pero no lo está si se relaciona con los estudios del economista serbio Branko Milanovic (*Desigualdad mundial. Nuevas aproximaciones para la era de la globalización*, FCE, 2017), que arrojan que el segmento de la población mundial más perjudicado por la globalización es, precisamente, el de la clase baja de los países desarrollados, lo que explicaría patadas de ahogado o decisiones demenciales como la elección de Trump o el Brexit (*Chavs: La demonización de la clase obrera*, de Owen Jones, puede leerse en cierta manera como el correlato británico del *Manifiesto Redneck*).

Jim Goad.



Fuente: elsalto.com

Goad traslada su situación personal al resto de los *rednecks* y amenaza:

A medida que se desvanecen las oportunidades para la mano de obra no calificada, la basura blanca puede que se vuelva desagradable. Y se politizará de un modo que te hará retorcerte [...]. A la basura blanca no le quedan sueños. Pero toda esta endogamia, mala nutrición, cerveza barata y anfetaminas de banda motera nos ha proporcionado una ventaja evolutiva. Todos esos trabajos revienta-almas y toda esa condescendencia de los blancos ricos nos ha arrinconado en una esquina. Y, como las ratas suburbanas que siempre habéis dicho que somos, solo nos queda la opción del contrataque. Cuesta mucho despertar nuestra furia, pero no nos presionéis. La siguiente escaramuza étnica a gran escala de Estados Unidos puede que sea interracial: basura blanca vs. dinero blanco.

Y sí, no cabe duda de que Goad tuvo razón, en parte: nunca como en 2016, casi veinte años después de publicado el *Manifiesto*, los *rednecks* se movilaron tanto políticamente, pero no para hacer la revolución, sino para votar por Trump. Y nunca como en 2017, los *rednecks*, ya sin sueños, han emprendido una especie de suicidio colectivo, culpados como nunca de su propio fracaso: cada día mueren doscientos gringos (la mayoría *rednecks*) por sobredosis de opiáceos legales e ilegales. Éste no era el desenlace soñado por Goad, sobra decirlo. Para él, algo marxistamente, no será sino hasta que los negros y los *rednecks* (“hermanos que luchan por las mismas prendas andrajosas”) se unan contra la élite cuando pueda hablarse del advenimiento del auténtico *sueño americano*.

Seguimos esperando ese día, querido Jim, y créenos que, cuando llegue, brindaremos por ti con un Jack Daniels destilado en Tennessee, mientras escuchamos una canción de Elvis o de Jimmy Cash, el rey y el príncipe indiscutibles del reino perpetuamente agonizante de los *rednecks*. ☑

Jim Goad: *Manifiesto Redneck*, traducción de Javier Lucini, Dirty Works, Madrid, 2017.

FEDERICO GUZMÁN RUBIO (Ciudad de México, 1977) es autor del libro de cuentos *Los andantes* (2010) y de la novela *Será mañana* (2012). Ha trabajado como traductor y redactor para diversas casas editoriales. Actualmente reside en Madrid.

“LA RAZA SE MENCIONA DIEZ MIL VECES POR CADA VEZ QUE SE OYE LA PALABRA CLASE. LAS DIFERENCIAS CULTURALES AHOGAN LAS SIMILITUDES ECONÓMICAS, AFIRMA GOAD, RECORDANDO EL VIEJO ADAGIO DE QUE SER PARANOICO NO SIGNIFICA NO SER PERSEGUIDO.”

PLANETA BRAUTIGAN

EL CORRIDO
DEL ETERNO
RETORNO

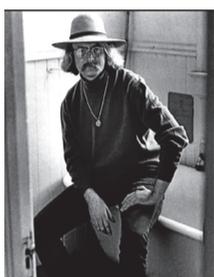
Por
**CARLOS
VELÁZQUEZ**

@charfornication

De todas las imágenes que me ha obsequiado la literatura, existe una que persiste en mi cabeza. La zapatilla abandonada a media calle de *Una mujer infortunada* de Richard Brautigan. Publicada por Debate en 2003, la última novela de su autor, fue durante mucho tiempo el único material que se encontraba disponible de Brautigan en español. Sus anteriores publicaciones a cargo de Anagrama datan de la década de los ochenta. El brautiganismo en nuestro idioma se mantuvo dormido durante veinte años. E invernaría casi diez años más. Para resurgir con la justicia que se merece a cargo de Blackie Books.

Desde 2010 la editorial española ha apostado por el rescate de Brautigan, pese a aquellas palabras de Heralde: "Publiqué tres novelas con un club de fans tan entusiasta como escaso, así que tiré la toalla", comenzando con la legendaria *La pesca de trucha en Norteamérica*. Que por cierto hoy está otra vez agotada. Algunos recordarán aquella versión setentera que se publicó en México con traducción de Federico Campbell. Una obra de culto, que sirvió de faro para algunos autores nacidos en los sesentas y setentas (me incluyo). Y que desató un fervor por atesorar las traducciones de Brautigan como ejemplos de una insana bibliomanía.

Como le ha ocurrido a unos cuantos escritores, el mito se tragó a Brautigan. Se administró a sí mismo una sobredosis de plomo. Como lo haría antes Hemingway y después



FUE PRIMERO UNA ESTRELLA DE ROCK, INCLUÍA EN LAS EDICIONES DE SUS LIBROS SU NÚMERO TELEFÓNICO PARA QUE LO LLAMARAN LAS CHICAS LECTORAS, Y DESPUÉS UN AUTOR DE CULTO.

Hunter S. Thompson. Pero en el camino a su propio aniquilamiento nos legó momentos de insuperable belleza. Quizá décadas atrás la luz Brautigan palideció un poco por los resabios del hippismo que salpican su obra. Pero su revisión lo ha depurado de todos esos malentendidos que circunscriben a un autor a una era específica. Y han situado a Brautigan como lo que es: un forajido que coincidió por accidente con la era del ácido y se sirvió de ella. Lo suyo era el alcohol. Y las mujeres. Pero supo como pocos capturar el espíritu de la era psicodélica.

Describir *La pesca de la trucha en Norteamérica* es complicado. Un libro de cuentos que no son cuentos en el que todas las historias (algunas no son historias) son protagonizadas por un mismo personaje: *La pesca de la trucha en Norteamérica*. Que en un texto toma forma humana, luego de objeto, etcétera. Y que concluye con una frase tan hilarante como disparatada. "Siempre quise terminar un libro con la palabra: Mayonesa". Pero que para llegar a ese punto Brautigan inventa un universo con el que nunca antes había soñado la literatura. Lo que lo volvió primero una estrella de rock, incluía en las ediciones de sus libros su número telefónico para que lo llamaran las chicas lectoras, y después en un autor de culto. Cuya apuesta literaria sigue deslumbrando por su originalidad. Un momento irreplicable de la literatura.

Después de *La pesca de la trucha en Norteamérica*, la titánica labor de Blackie Books ha continuado y han visto la luz *Un general*

confederado de Big Sur, *En azúcar de sandía*, *El monstruo de Hawkline*. *Un western gótico* y *Un detective en Babilonia*. Lo que ha revelado que el lector en español desconocía el Planeta Brautigan en toda su potencia. Una obra indefinible, el argumento de cada una de sus novelas debería consistir un género literario en sí mismo. El más convencional, *El monstruo de Hawkline*, una historia de vaqueros que saben qué es Harvard, trata sobre un par de asesinos a sueldo contratados por unas gemelas mutantes, ha sido considerado para su filmación por Tim Burton y Hal Ashby. Ojalá en algún momento algún cineasta le agarre el modo y veamos en pantalla una de sus historias.

La gran noticia para los brautiganistas que se vayan sumando día con día es que se acabó la arqueología en las librerías de usado. Aunque todavía recuerdo con excitación el día que de un montón de libros rescaté *Willard y su trofeo de bolos*. Los títulos de Brautigan están de nuevo en circulación y seguro se reeditarán al menos una temporada. Y ojalá su obra para los lectores en nuestra lengua no vuelva a caer en un vacío como los antes mencionados. Esperemos que Blackie Books persista hasta publicar a todo Brautigan. Que además no está de más decirlo, está haciendo un hermoso trabajo de edición. La creación de la Biblioteca Brautigan ha sido uno de los secretos mejor guardados y ahora revelados de la narrativa de la segunda mitad del siglo XX. Que este planeta siga girando. ☑

El sino del escorpión

Por ALEJANDRO
DE LA GARZA

@Aladelagarza

¿Abolir o regular los subsidios a los medios?

EL ESCORPIÓN se pasea sobre el aplandado del muro mientras contrasta las dos posiciones en torno a la publicidad oficial y el descomunal gasto gubernamental involucrado en ese proceso. Felipe Calderón usó nada más 38 mil 943 mdp en ese rubro de 2007 a 2012; a su vez, Enrique Peña gastó en sus primeros cuatro años 36 mil 261 mdp en promover mediáticamente sus prioridades. Por ejemplo, en 2016, Aurelio Nuño entregó (a las televisoras, a otros medios y hasta a revistas como *Letras Libres*) 83.6 millones de pesos de la Secretaría de Educación Pública para "convencer a la sociedad" de la necesidad de evaluar a los maestros como parte de la reforma educativa.

El gasto escandaliza, reitera el alacrán, al recordar cómo los medios en México han vivido desde siempre y en buena medida de los recursos públicos transferidos por el gobierno a través de la publicidad oficial, y cómo esto se traduce en formas de control

informativo. En el caso de los diarios, el problema es aún más grave, pues muchos de ellos no sobrevivirían sin esta publicidad gubernamental ni podrían depender de sus lectores, algo sólo logrado con dificultad por los medios "vetados" por el régimen.

Ante esta distorsión tan obvia y peligrosa, el arácnido vio reaccionar a la Suprema Corte de Justicia apenas en noviembre pasado, y demandar al Congreso una ley reguladora. El plazo se fijó para el 30 de abril, de no ser así, la SCJ podría proceder contra los legisladores por incumplimiento. Presionados también por organizaciones civiles como Artículo 19, los partidos presentaron tres o cuatro iniciativas de ley, aunque hasta ahora parecen laxas. Senadores y diputados dicen trabajar en conjunto para poder discutir la legislación a más tardar este 16 de abril. ¿Será?

Pero como mencionó el venenoso, hay una segunda propuesta más radical

(asequible en internet), bien racionalizada y explicada en diez puntos por el respetado Raúl Trejo Delarbre. En ella se insiste en abolir la publicidad oficial, pues "ha sido un mecanismo de autolegitimación del poder político y un instrumento para sujetar a los medios. Con el ejercicio de recursos públicos discrecionales y con frecuencia sin rendición de cuentas, los gobernantes han construido, o promovido, una prensa condescendiente y anodina", dice contundente el experto en medios.

¡Duro y a la cabeza!, corea desde gayola el venenoso, viendo a la vieja prensa bofetinera con sus ingresos asegurados por el subsidio gubernamental, enfrentar la encrucijada del año electoral y el tentador flujo de miles de millones de pesos por las venas del sistema de medios de comunicación. El rastrero vuelve a su nido a esperar la conclusión de este melodrama periodístico. ☑

LOS MEDIOS EN

MÉXICO HAN VIVIDO

DESDE SIEMPRE

Y EN BUENA

MEDIDA DE LOS

RECURSOS PÚBLICOS

TRANSFERIDOS POR

EL GOBIERNO VÍA LA

PUBLICIDAD OFICIAL,

JOSÉ ÁLVAREZ

EN DEFENSA DEL CINE DOCUMENTAL

Después de estudiar derecho, José Álvarez (Ciudad de México, 1967) saltó a los medios de comunicación: por más de doce años dirigió estaciones como Radioactivo, Mex DF, Stereorey e Imagen, entre otras. En 1996 realizó *Venus*, su primer cortometraje, con el que recibió reconocimientos en los festivales de Morelia, Rotterdam y Toulouse. En 2009 dirigió *Flores en el desierto*, un filme sobre los huicholes con el que destacó en festivales de Canadá, Colombia, Dinamarca, México, Francia, Suiza y Estados Unidos; con su filme *Canícula* (2013), una investigación sobre alfareras totonacas y la historia de una escuela de vuelo para niños, Álvarez terminó de consolidarse

como un cineasta y fiel defensor del cine documental en nuestro país: "Es probable que en México se haga mejor cine documental que de ficción", confiesa. *Los ojos del mar*, su más reciente trabajo con producción de Alejandro González Iñárritu, y que se estrena este fin de semana en la Ciudad de México, retrata a Hortensia, una veracruzana que desde las costas de Tuxpan emprende un viaje por mar y tierra para recuperar testimonios y recuerdos de la tripulación del barco pesquero Black Fin que naufragó en 2011. Poco a poco, el viaje se convierte en una reflexión sobre el sentido de la vida y de la muerte, construida a partir de mitologías y anhelos.

ESGRIMA

Por
**ALICIA
QUINONES**

¿Qué te impulsó a hacer este documental, Los ojos del mar?

Teníamos ganas de hacer una película donde el mar fuera uno de los personajes principales y en Veracruz encontramos la historia. Cuando llegamos a Tuxpan, lo primero que conocimos fue a una comunidad grande de pescadores, y en medio de estos pescadores —sobre todo camarones y atuneros— encontramos a una mujer que nos llamaba mucho la atención, en principio porque era la única mujer en este grupo. Comencé a platicar con ella y desde el inicio fue contundente y firme en su conversación. ¿Qué hacía esa mujer entre tantos hombres? Ella dijo que se sentía una pescadora, como los hombres; llevaba quince años trabajando ahí. Y se convirtió en un puente, en el vínculo entre los pescadores y sus familias, pues los barcos salen a pescar y regresan hasta noventa días después. Habíamos visitado a otros grupos de pescadores, pero ninguno con una mujer dedicada a la pesca.

Según tu opinión, ¿qué razón hay para que las mujeres no participen de la pesca?

La pesca es un trabajo muy duro e implica estar mucho tiempo en el mar. Para algunos grupos de pescadores existe una especie de mito que afirma que es de mala suerte subir una mujer a un barco; pero esta es una idea que quizás obedece más a la naturaleza del trabajo y de la relación que se establece en un barco con tantos pescadores hombres. Hortensia nos llamó la atención y nos habló de su vida personal: compleja, accidentada, con una infancia marcada por el abandono y la prostitución, lo cual para nosotros era un punto para mostrar al mundo y a la gente lo que puede representar una mujer en una comunidad de pescadores. Pero hay otro detalle en Hortensia que tiene una carga emocional muy fuerte: ella soltó las amarras de un barco que nunca regresó. Por otro lado tenemos la pesca: nos metimos a filmar la vida y el oficio de los pescadores, que es complejo, rudo y peligroso.

¿Qué grado de complejidad tuvieron las escenas a bordo de este pequeño barco pesquero?

Las embarcaciones pesqueras o camarónicas son espacios reducidos, barcos pequeños donde viajan entre cinco y siete personas. Subir ahí a un equipo de filmación se vuelve una situación muy compleja, no sólo por el espacio sino por el movimiento del barco. Además de que te puede caer una tormenta o suceder cualquier cosa. Sin embargo, eso nos hizo que tuviéramos un registro y una relación muy estrecha con el oficio de la pesca, con esta soledad en la que viven durante tantos días un grupo tan pequeño de gente. Son como una pequeña familia. Después de estar mes y medio en el barco, regresan, están dos o tres días con su familia y se vuelven a ir. En realidad son unos héroes, unos guerreros.

¿Qué reflejo de México te deja la pesca?

Que México es un país muy rico. He trabajado con los totonacas, con los huicholes, y ahora con esta comunidad de pescadores. En México siempre encuentras historias y personajes. He rodado aquí todas mis películas. Por otro lado, parece fácil llegar a un restaurante y pedir un platillo con camarones, pero lo difícil que es llegar a eso, la batalla que se libra para poder llevar ese plato de camarón es muy complejo y vale la pena contarlo.

¿Por qué dices que en México se produce un mejor cine documental que de ficción?

Siempre he dicho que en México se hace un buen cine documental porque tenemos todos los elementos que se necesitan para hacer buenas



EL INGREDIENTE
PRINCIPAL PARA
EL CINE DOCUMENTAL
ES LOGRAR INTIMIDAD
Y CERCANÍA
CON LOS PERSONAJES.”

películas documentales: tenemos buenos y entrañables personajes, tenemos locaciones únicas y excelentes fotógrafos, con esos tres elementos puedes hacer una buena película. México es un buen país para hacer documental porque hay personajes, locaciones, hay buenos caminos, además de que vivimos dentro de una gran tragedia. México es un país rico para poder hacer una película y te deja satisfecho de poder tener esta intimidad con los personajes que conoces a través de una carrera como documentalista.

¿Cuáles son las complejidades de hacer cine documental en México?

Para hacer cine documental en México, en realidad no existen más complejidades que el trabajo de hacerlo en sí mismo, lo cual ya es muy complicado, muy difícil. Hacer una película es muy complicado, requiere mucha paciencia, paciencia de un grupo, porque hay que trabajar en equipo. Hay que tener tolerancia a la frustración. El ingrediente principal para el cine documental es lograr intimidad y cercanía con los personajes. El cine documental también necesita recursos, en el caso de nosotros, abrimos una búsqueda de fondos desde hace más de un año. Creo que la gran complejidad del cine documental es eso, contar con los recursos. Y con el público. Es importante que la gente vaya a las salas a ver cine documental, en México tenemos una buena oferta. Vale mucho la pena dejar a un lado el cine de Hollywood para ir a ver nuestro cine documental. Nuestra realidad es mucho más fuerte que cualquier historia de Hollywood y tenemos muchas producciones importantes. Vale la pena. ☑

